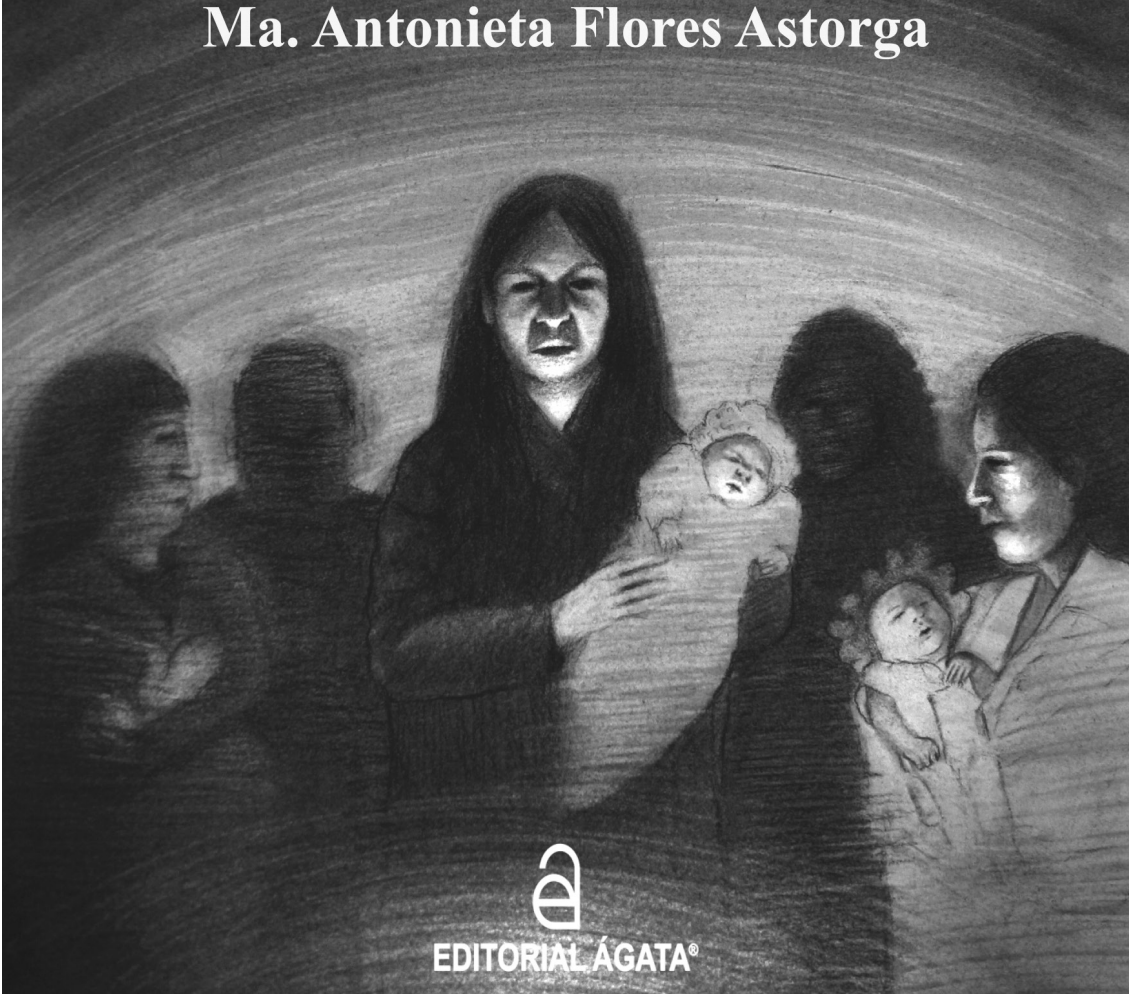


NIÑOSA LA CARTA

Ma. Antonieta Flores Astorga



EDITORIAL ÁGATA®

Primera edición, junio de 2017.

Fotografías de portada e interiores: Ramadam Karim.

Formación, diagramación y diseño de interiores: Entre Páginas Editorial.

D.R. © María Antonieta Flores Astorga.

Sobre esta edición:

© Editorial Ágata

ISBN 978-607-8107-30-8

Impreso y hecho en México.

Printed and made in Mexico

Todos los derechos reservados. Aparte de los usos legales relacionados con la investigación, el estudio privado, la crítica o la reseña, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en español o cualquier otro idioma, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro inventado o por inventar, sin el permiso expreso, previo y por escrito de la Autora.

Índice

5	Epígrafe
7	Prólogo
11	Primera Parte
13	I. Ni como negarse
17	II. Casi recién nacidos
25	III. Ayudan a las madres solteras
33	IV. Pobreza abominable
41	V. Una casa muy humilde
45	VI. Pagaban todo
55	VII. Su razón de existir
63	VIII. Fue en enero del 2012
69	IX. Arraigados
73	X. Menores de ocho meses... sin dientes
77	XI. Detenida

81	XII. Contradicciones
83	XIII. Por hambre
89	XIV. Las nanas
93	XV. Sabía del engaño
103	XVI. Hombre clave: taxista
113	XVII. “Los Intelectuales”
117	XVIII. Un promotor muy mediático
133	XIX. Se aprovechaba de todo
141	Segunda Parte
141	XX. Los irlandeses
151	XXI. Se rentan niños
167	XXII. Intercambiaban los niños por dinero
171	XXIII. Defensor de extranjeros
181	XXIV. Todos lo sabían...
187	XXV. Se hicieron “patos”
191	XXVI. A ella nadie la defendió
201	XXVII. En Irlanda lo sospechaban
217	XXVIII. El nacimiento del negocio
222	Epílogo

*Si usted asume que no hay esperanza,
usted garantiza que no habrá esperanza.
Si usted asume que hay un instinto para la libertad,
que hay oportunidades de cambiar las cosas,
entonces existe la posibilidad
de que pueda contribuir a hacer un mundo mejor.*

NOAM CHOMSKY

PRÓLOGO

Indaga, investiga, hurga, escudriña, pregunta, averigua, comprueba y expone a la luz pública, los resultados de sus reportajes. Perseverante e incisiva, Ma. Antonieta Flores Astorga, con la madurez y experiencia que le han dado las incontables lides periodísticas que ha librado, ofrece al lector *Niños a la Carta*, que bien se puede considerar una secuela de *Carriolas vacías*, el libro que antecede al presente y en el que aborda otra parte del tema que se ha convertido en prioritario para su autora: la indefensión y tráfico que sufren niños y madres pertenecientes a los estratos sociales más desprotegidos.

Es de las pocas voces que se ha alzado, denunciando y exhibiendo a quienes han hecho del tráfico de infantes, una forma de vida, por así decirlo. En esta obra, la autora, con sobresaltos emocionales, nos transmite las experiencias que vivió con las madres en extrema necesidad, que fueron empujadas al precipicio de la desolación a través de la venta de sus propios hijos.

La corrupción, plaga que ha echado sus raíces desde la pasada centuria en casi todo el planeta, es no solo una constante, sino un personaje que permea las páginas del libro.

Ma. Antonieta, no se ha limitado a preguntar y redactar, sino que es una activista que quijotesca mente ha y sigue luchando, en contra de molinos con nombre y apellido propio. Valiente, decidida, sigue en pie de guerra abanderando una causa en desigualdad de fuerzas; los molinos con aspas alimentadas por la impunidad, no solo se defienden, sino que

contraatacan, con la furia que causa el temor de perder no solo sus privilegios mal habidos, sino su libertad.

Es satisfactorio comprobar que después de más de tres décadas de conocerla, la autora no ha perdido un ápice de conciencia social. Y que está muy lejos de contarnos historias superficiales y hasta frívolas, desde el cómodo apoltronamiento de las rutinas cotidianas.

Va al fondo, con pelos y señales, sin reparar en las formas. *Niños a la Carta*, es una denuncia frontal, documentada y vivida por la autora, que espera contribuya a despertar a una sociedad que se debate entre la indiferencia y la ignorancia; siempre y cuando no viva y sienta en carne propia, lacras como la que nos documenta, que sin duda, se debe de convertir en una exigencia para que las autoridades correspondientes hagan lo que han dejado de hacer, por las razones que sean.

Las historias de las Lauras, Leticias y Karlas que fluyen en estas páginas, delatan brutalmente la marginación, ignorancia, explotación y abusos que sufren cientos de mujeres en los cinturones de miseria de los grandes centros urbanos del país. Amparadas por supuesto, por la corrupción. Esta, es un potro desbocado que se persigue a sí mismo y que solo se frena cuando satisface sus ambiciones económicas; si es que tiene alguna medida o límite.

Sin duda, las principales víctimas de este tráfico ilegal, son los niños; sus voces son inaudibles para todos los que se benefician con su comercio. Ni su mente, ni su cuerpo ni su pulmones, son lo suficientemente maduros para comprender y oponerse al oprobio del que son objeto. Su inocencia, no les permite discernir, mucho menos elegir y aceptar la vida, por llamarla así, que les espera con quién sabe quién y quién sabe dónde.

Cuando se conocen casos como los narrados en este texto, brotan por doquier decenas de preguntas obligadas; ¿dónde está la justicia?, ¿dónde están las instituciones que tienen la obligación de aplicarla?, ¿dónde están los vociferantes defensores de las libertades y los derechos humanos?; ¿dónde están los marchistas y bloqueadores profesionales?,

¿dónde están nuestros prístinos políticos? y...¿dónde están los tuiteros, guasaperos y feisbuqueros que inundan las llamadas “redes sociales” con un sinfín de estupideces. ¿Dónde está Dios?

El tema y la forma que lo aborda la autora, es una violenta sacudida a las conciencias dominadas por la indiferencia. No es una señal de alerta ni una llamada de atención; es un grito desesperado clamando no solo justicia, sino oportunidades, igualdad, atención y otros conceptos desconocidos para las víctimas, conscientes o inocentes, de este mercado que comercia con uno de los valores más sagrados de la especie humana: la dignidad.

Las excelentes ilustraciones de Ramadam Karim, realizadas ex profeso para este libro, retratan sin artilugios la realidad que viven los personajes que van a bordo de esta nave. Sus trazos reflejan el desgarramiento del tejido social, donde víctimas y victimarios se mezclan en una especie de simbiosis, que por momentos confunde al lector sobre la frontera entre el bien y el mal, entre lo menos peor y el aniquilamiento de la dignidad. Ramadam, no solo leyó y entendió el texto, sino que se comprometió con las historias; de ahí el valor de las ilustraciones.

Se agradece que María Antonieta Flores Astorga, se preocupe por estos seres que sobreviven día a día, a pesar de que la luz, jamás ha iluminado su sendero.

En fin, *Niños a la Carta*, enarbola banderas que se dibujan utópicas en sociedades como la nuestra, sin embargo, ondean con la fuerza del viento de la esperanza.

Oscar Trejo Zaragoza

PRIMERA PARTE

Un domingo a media tarde, cuando todo parece enmudecer y las familias se reúnen para disfrutar del ocio y la buena mesa, la vi. No la había olvidado. Bueno la vi, no precisamente a ella, porque primero, me llamó la atención una pequeña de grandes ojos negros, con ropa muy usada, sucia; uña niña sin muñecas, sin un juguete en la mano. Brincaba de un lado a otro, sin parar, subiendo y bajando un escalón de los dos únicos que tiene una banqueta que conduce a una panadería, a un banco, a un centro donde alquilan videos y a una farmacia. La vista me condujo de inmediato a una mujer que se mantenía sentada en uno de los escalones, que al verme, estiró la mano, suplicando una moneda, dos; o tal vez una pieza de pan. Era la madre de esa criatura. Pero esa mirada, trastornó un poco mi tranquilidad dominguera. Sí, la conozco. Ni como olvidarla. Había además de una permanente tristeza, soledad, la súplica, esa que no la ha abandonado desde la primera vez que la conocí.

Como si hubiera notado mi zozobra, se inquietó.

—Tú eres una de las mamás que viven allá por el rumbo de Arenales Tapatíos. ¿Te acuerdas de mí? Soy la reportera que te entrevistó un día en casa de la suegra de Laura Faiola —dije.

Percibí sus sentimientos. Se sintió agredida, humillada, como sí de repente alguien la hubiese descubierto y pretendiera hacerle daño. Ella no atinaba decir nada. Ni yo tampoco. Había sido suficiente el haberla identificado, y no era mi intención atribularla más con mis pesquisas.

Una mujer en pleno desamparo. Igual, o más pobre, que la primera vez que la encontré, en medio del escándalo. No es justo, que siga clavada en la miseria, pensé. Pero ahí estaba, plantada en la penuria. La misma que la había motivado igual que a otras, a dar lo más valioso que tenían.

—No, no, yo no soy, mucha gente me confunde con otra. Pero no soy esa —me contestó angustiada, titubeante.

No había más que decir, yo sabía que ella fue una de las mujeres que rentaban a sus bebés. Y al observarla tan disminuida, tan dolida, me alejé. Por lo visto, no ha podido desprenderse de su irremediable indigencia, rumié en mis adentros.

I. NI COMO NEGARSE

Y así empezó la historia.

Les pidieron demasiado. Ofrecieron dinero a cambio de su único activo: a sus hijos. Una oferta muy tentadora, ni cómo negarse. En un país, donde hay recursos, suficientes, pero mal repartidos, la pobreza lastima. Como la corrupción y la impunidad van siempre juntas, a los más pobres no les queda otra opción que vender lo que tienen a mano.

Una joven veinteañera se encuentra parada en una esquina. La acompaña otra mujer de más edad. Esperan a alguien. De su mano pende una niña de dos años de edad.

Apenas mediodía, el sol brilla limpiamente. Está ahí, muy quitada de la pena; confiada, tranquila; su mirada se pasea por todos lados, no sabe por dónde arribarán los familiares que las citaron justamente ahí, confluencia de calles; donde el destino, que no pide permiso, le tiene preparada una sorpresa, inimaginable; como son esos hechos que llegan de repente. Como ese de haberse quedado viuda, cuando apenas empezaba su vida de madre hecha y derecha. Lo que se le acercará en cualquier momento, jamás pasó por su mente. Ella que simplemente seguía los impulsos de su naturaleza; así, sin ir más lejos, sin reflexionar poco o mucho.

Y ella y más nadie abrió una rendija, insólita, incontenible, que desató el escándalo. Ella, que apenas logró salir de la secundaria. Ella, que solo anhelaba maquillarse y vestirse como las artistas que aparecen en las revistas de moda, como esas mujeres que siempre lucen tan contentas.

Ella, que en su urgida juventud solo pedía apoyo; y quitarse de encima la batalla de dos niños que le carcomían su lozanía. Ella, que buscaba una oportunidad de conocer a ese otro que le saciara su ansiosa y acuciante necesidad de verse atendida, halagada. Ella, como cualquier jovencita de barrio, cuya única referencia son las series de televisión, las novelas, donde las más pobres son rescatadas por el hombre guapo, joven y rico por supuesto, sacándola para siempre de su fatigosa vida; ella, que ansiaba pagarse una cirugía para tener grandes tetas, aunque fueran de hule.

Está sola, donde sus pocos años son en sí su problema mayor. Ni cómo defenderse.

Nunca supo dónde conseguir las dosis necesarias para mantener la prudencia, su libertad, su independencia económica, porque el medio en el que nació era incompatible a cualquier sueño apasionante. ¿Dónde adquirir la porción de cordura, de inteligencia, de cultura, de amor, que le corresponden? ¿Dónde? Si los padres se ajustaron como ella lo hizo al mismo patrón: nacer en un lugar pobre y morir igual. Trabajar y aún sin crecer suficiente, tener hijos. No había de otra. Y lo peor de todo, si dentro de casa no había mucho, afuera, tampoco. Vivía en un rancho y la mejor oportunidad de salir de ahí e irse a una ciudad más grande, se la dio el primer individuo que la enamoró, haciéndola madre.

Aunque eso solo hizo agravar su situación. Se había estrenado como madre con alguien que no le ofreció seguridad alguna. Era una agregada más en su familia; sin privacidad como para probarse como ama de casa, nada le pertenecía, ni la cocina, ni la cama donde dormía, nada. Pero era lo más común entre las de su edad. Salían casi huyendo de sus hogares, embarazadas o no, y las metían en otro lugar sin que remediara o mejorara su vida y la del que venía. Se necesita mucho temple y demasiados sueños para zafarse de ese flujo indeseado, pero ninguno de los dos los tenían. No había nada más allá de sus chatos linderos.

El ambiente en el que la instalaron era demasiado hostil, demasiado pobre. ¿Qué esperaba? Ni tan inteligente como para entrar al mundo con más fortuna. Ni tan conocedora como para ver más allá de su nariz, de su mirada. Sin entrenamiento para ir más lejos de la realidad que la vio nacer y que al menos le hubiera dado una barnizada de juicio.

Ella, está ajena al mundo; creció como esas florecitas silvestres que se dan naturalmente, sin que nadie enderece su tallo; sin certezas, sin apoyo; porque además, no hay nada; nunca, al menos hasta ese momento, se había cuestionado sobre sus fortalezas, sobre sus debilidades; nadie la enseñó a preguntarse; nadie la vio a los ojos, nadie. O como dice Saint Exupery, nadie la tomó por los hombros, cuando aún era tiempo, para despertar en ella la conciencia. No había en ella ningún pertrecho que la defendiera de una realidad desconocida; no tenía la capacidad para manejar sus días, mucho menos su incierto futuro; no sabía cómo.

Y en ese inevitable presente la encontraron. Sin saber que en pleno siglo XXI, los niños como su hijo se estaban ofreciendo al mejor postor. Que los niños tienen un precio y mujeres como ella, solas, sin cobijo, se convierten en el blanco perfecto.

Y así fue. Gracias a ella, se desmoronó el negocio. Tronó la noticia y se extendió por todas partes. Nadie lo podía creer. Algo inadmisibile; pero ocurrió. Se supo que en Jalisco, se habían burlado una y otra vez de gente como ella. El anzuelo perfecto, fue ella. Nadie, jamás sospechó, mucho menos ella, lo que suscitaría su detención.

II. CASI RECIÉN NACIDOS

Ocurrió la mañana de un invierno, seco, dulce. Como todas las de un principio de año, en una ciudad del occidente mexicano, ciudad, donde es raro que las temperaturas bajen de cinco grados, eso sería excepcional. Una ciudad a la que le habían acuñado la gracia de mantener en su aire, la “eterna primavera”, aunque últimamente como en todas partes ya no era lo mismo y hay que echarle la culpa al calentamiento global.

Fue en la esquina de las calles Vivaldi y Patria, en una colonia alejada de las profundas penurias que la atosigan, a ella y a esas mujeres que sin mucho, aprenden a bregar en la vida. En ese lugar la madeja de un escándalo de alcances inconcebibles se fue desenmarañando. Ella junto con otras chicas de su edad, habían sido atrapadas en un siniestro negocio donde sus propios hijos despertaron la codicia de un delirante mercader de adopciones. En medio de una calle de la colonia La Estancia, área donde se respira orden, y un cierto desahogo económico.

En el centro del estado, en el occidente de México; en un universo donde se pueden medir todos los parámetros a los que han llevado las políticas públicas, las políticas internacionales, esas que dictan el Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Mundial, la OCDE, el G7, las empresas transnacionales, entre otras burocracias nacionales y globales. Ahí han llegado los emporios más prósperos, instalándose, merced a los grandes privilegios que les brinda el Gobierno, para abrir sus puertas a los trabajadores, ofreciendo sueldos miserables, esos que ni siquiera

alcanzan para comer bien, vestirse mejor, enviar a sus hijos a una buena escuela, comprarse un cochecito, una vivienda digna, y darse unas vacaciones aunque sea a la playa más cercana; tampoco para suspirar por un retiro, una pensión decorosa. Porque esas empresas de “high tech”, sobre todo, enrolan personal a través de los *outsourcing* cuyo trabajo es precisamente no responsabilizar a la empresa de origen a ajustarse a las obligaciones laborales que por ley corresponden. Los llaman cuando los necesitan, los corren cuando ya no les sirven.

En este rincón del mundo, como una especie de un México chiquito, se fue montando y luego desmontando la historia de Laura Faiola, y otras madres como ella, que se dejaron seducir por unos pesos a cambio de ceder a sus hijos.

Pocos ya lo recuerdan. Fue el nueve de enero del 2012, cuando se descubrió el mercadeo que floreció, durante más de treinta años, al amparo de la ley. Un lucrativo esquema comercial que tiene que ver con niños, y su salida de México, a través de la figura jurídica de la adopción.

Si bien las mismas instituciones públicas y privadas, que se ostentan como benefactoras y protectoras de los desheredados son las que más se han aprovechado de la enorme demanda de bebés que existe en los países más industrializados, en este caso, fue una sola persona, quien por la corrupción que impera en el sistema de justicia mexicano, pudo trabajar a sus anchas dirigiendo una red de delincuencia organizada dedicada al tráfico de niños.

Ese día, se llevó pues la detención de Laura Faiola Carranza Talamantes, de 21 años. Ella recibió de pronto, una tormenta que no esperaba y que le cambió la vida. Aunque no se diera cuenta del por qué. En su aplastante ingenuidad, dejadez, penuria habitual, se dejó llevar como parte de su incierto destino.

Fue sorprendida porque supuestamente estaba vendiendo a su hija de dos años de edad. Dijeron ese fue el motivo por el que estaba ahí.

Ella, esperaba gente conocida, querida, y en lugar de eso le llegó una pavorosa realidad.

Se sintió desconcertada. Muy asustada. Atolondrada como era, no sabía lo que estaba pasando y menos que ella hubiera provocado tanta batahola. Abrazó a su hija, como si se tratara de un refugio donde podría esconder la cabeza, la vida entera. Se le vino a la mente su pareja, Alejandro, ese con el que jamás llegó al altar, porque no les alcanzó el tiempo, muy pronto se deshizo el encanto. Ni siquiera podía llamarlo, ni siquiera podía gritar, estaba paralizada por la sorpresa de verse así de pronto acosada, rodeada de policías, de patrullas. La habían atrapado y no tenía la más remota idea del por qué.

En la mirada de Ma. Guadalupe, concuña de Laura Faiola, y de Licha, su cuñada, quienes llevaron los policías, no había rastros de complicidad, ningún respaldo, ninguna muestra de cariño. La desconocieron, la acusaron, la entregaron. Al llegar los primeros agentes policíacos, las mujeres la señalaron:

— ¡Es ella la que buscan!, ¡es ella la que está vendiendo a su propia hija por quince mil pesos!

Y se le vino abajo el ánimo, aquel que empezaba a recuperar luego de su mayor pérdida, la del padre de sus hijos. Su parca experiencia, le fue dictando lo que su cabeza no podía intuir. ¡Suéltate!, ¡déjate llevar!, ¡tú no tienes culpa de nada! —se dijo por dentro.

— ¡Yo no hice nada! ¡No soy la que buscan! ¡No se por qué a mí!

Sus parientas, por envidia tal vez, por coraje, de que ella, la que consideraban muy aturdida, alocada, haya tenido hasta dos hijos; mientras que el cuñado y su mujer, no habían podido concebir uno solo. Alguna rabia se apoderó de ellos, que juntos, toda la familia política, quisieron lincharla, castigarla, con el afán inconfesable de quedarse con sus hijos.

Ni siquiera ellos, los que movieron esos hilos de la justicia, se habían dado cuenta de lo que se empezó a descubrir. Ellos pretendían solamente quedarse con la niña, simplemente acusándola de que se las

quería vender. No era otra la intención, al menos eso declararon. Sin embargo surgieron otras cosas, igual de terribles.

Gracias a ese momento de la detención, siguieron las confesiones, saltó a la superficie otra realidad: la de unos contratos de renta. Y lo que se desprendió desde ese instante, dejó boquiabierto a todo mundo. Unos simples papeles que estipulaban que una de las partes pagaría a la otra cierta cantidad de dinero. Nada nuevo entre las mujeres. Una práctica común desde hacía meses entre las amigas, vecinas, parientes de Laura Faiola. Su cuñada lo estaba haciendo también. Normal y cotidiano.

Sin proponérselo, la parentela abrió puertas de un rocambolesco y desconocido mundo. Bastaron unas horas, para que con la información que fue soltando la detenida, supieran los nombres y el lugar dónde se encontraban, otras mujeres, que como ella también tenían, habían firmado esos muy particulares acuerdos. Se suscitó una gran movilización policíaca. Empezaron a surgir los detalles que asombraron a una sociedad que tiene la fama de ser una de las más apáticas del país. En los medios de comunicación no se hablaba de otra cosa. Se fue descubriendo toda una estructura criminal y su *modus operandi*.

En la lectura de la declaración ministerial de Laura Faiola, los sentimientos maternos parecen ausentes. Sus palabras no dejan lugar a dudas. Ubicada en el extremo de la insensatez, ni siquiera se cercioró nunca de quienes eran esas personas con quienes trataba. Como si lo único importante fuera el pago de los quinientos pesos por día, que estipulaba el contrato: “Una se llamaba “Silvia”, la otra “Lupita”. No preguntó nunca más nada.

Pero así era el mundo en el que se movía. Por ejemplo, los familiares de su pareja, siempre la llamaban “Fabiola”. Y cuando compareció su madre, días después, Marcela Talamantes Lamas, tuvo que exhibir el acta de nacimiento de su hija, diciendo:

—El nombre correcto de mi hija que está detenida es Laura Faiola Carranza Talamantes. No Laura Fabiola.

Fue la mamá la que dio pormenores del posible origen de la detención de su hija. Aunque su declaración fue una de las tantas versiones que se fueron conociendo a medida que se buscaba la raíz de tanto ajeteo familiar. Había enojo en los hermanos de Alejandro, el padre de los dos hijos de Laura. Por eso su mamá, desde su incipiente panorama dijo en relación a su hija:

—Irene, una de las cuñadas de Laura Faiola, que vive en Veracruz, le quiso quitar a su hijo Raúl Alejandro.

Lo que de entrada enojó a la viuda, quien como para escapar del enrarecido ambiente, decidió salirse de la casa de sus suegros, donde había vivido en los últimos meses, yéndose a otra casa, donde le pareció que encontraría un refugio más favorecedor para ella y sus niños. Sin más objetivo que pasar los días. Por eso se instaló en la casa de Licha, su cuñada, hermana de Alejandro.

Hasta donde la atónita mujer sabe, su querida hija no tenía otra cosa que hacer, más que cuidar a sus criaturas. Y entre tanto no tenía más actividad, un chismorreó sin fin, pararse en la puerta y mirar a la gente que pasaba por la calle. Claro esto sucedía, mientras empezaba la hora de la telenovela, a la que era muy asidua cada tarde. Esto inyectaba un poco de emoción a su desocupada vida. Estaba tan habituada desde niña a no tener un espacio propio, que las incomodidades de estar en una vivienda que no era la suya, que en sí era ya insuficiente para una familia, resultaba con su presencia, aún más abrumadora. Sin embargo ella y su cuñada Licha, pronto se hicieron muy solidarias, convirtiéndose en confidentes una de la otra. Licha la empezó a ver como esa hermana que nunca tuvo, y se contaban sus mutuas aflicciones. Nunca esperó Laura Faiola, que de esa intimidad creciente pudiera esconderse alguna maldad.

Pero según testimonio de la madre de Laura, fue Licha, una de las que delataron a su hija. Achacó a Licha el que la haya inducido con las que alquilaban a los niños. Diciéndole:

—Que no era nada malo, porque ella también había prestado a su hijo a esos licenciados, quienes le habían dado dinero.

La madre de Laura Faiola, sentía herido su amor propio y un profundo rencor hacia la familia política de su hija. Sabía que ella también había fallado, junto con ella, al no haber rendido ninguna educación o principios que la hubieran preparado para un futuro más sólido. Laura Faiola se le había escurrido de las manos, ni esperanza de recuperarla, era ya demasiado tarde para eso. Tenían muy poco que compartir. Ningún recuerdo gozoso había en su memoria, de esos que llenan el corazón, el espíritu, y permiten seguir viviendo. La infancia de Laura Faiola estuvo llena de abandonos, primero se fue su padre, a quien ni siquiera conoció, después se hizo constante la ausencia de su madre, quien con tantos hijos, tenía que buscar la forma de seguir llevando de comer a casa, mientras encontraba un nuevo padre para ellos.

—Y como somos pobres y no puedo ayudar a mi hija, ella se dejó ir también.

Así lo confesó en calidad de testigo la señora Talamantes. Explicó la mujer que la animadversión contra su hija de parte de los hermanos de Alejandro, fue que dos de ellos le ofrecieron comprarle a la menor de dos años, Dana Karen, y que su respuesta había sido que: “no era un perro para venderse y que no se la darían”.

—Al día siguiente cuando busqué a Laura Faiola, la encontré en casa de la suegra, donde el pleno de la familia estaba reunida, acosando a mi hija. Le reclamaron, que estuviera ganando dinero a costa de su bebé, sin preguntar, sin saber qué era lo que realmente estarían haciéndole esas personas que se lo llevaban.

El enojo de sus cuñados no le importó a Laura Faiola —dijo su madre— porque estaba segura de que había hecho bien.

Lo que supo la decepcionada madre, fue el principio de un rompimiento en la que su propia hija fue la pieza clave para todo el entramado. Vivían distanciadas una de la otra. Una relación sin la cotidianeidad que

nutre el cariño, la confianza, la dedicación. Citó que justamente un día antes de que la detuvieran los policías, hubo una reunión.

—Ese domingo ante los regaños de todos, Laura Faiola decidió hablar con las que se llevaron al niño y al comunicarse con Silvia pidiéndole que se lo devolviera, ésta le dijo que no podía regresar a la criatura, porque ella estaba en una comida y no trabajaba los días de fiesta, que se lo entregaría el día siguiente. Arremetieron aún más contra mi hija y tras larga discusión, quedamos en que yo me haría cargo de Laura y de los niños. Me los llevaría a vivir a mi casa en el rancho El Trapiche. La familia política aceptó prometiendo hasta ayudarle con los gastos de manutención. Y que todo iba a quedar por escrito ante un juez. Conformes con el trato, volvimos a la casa de Licha.

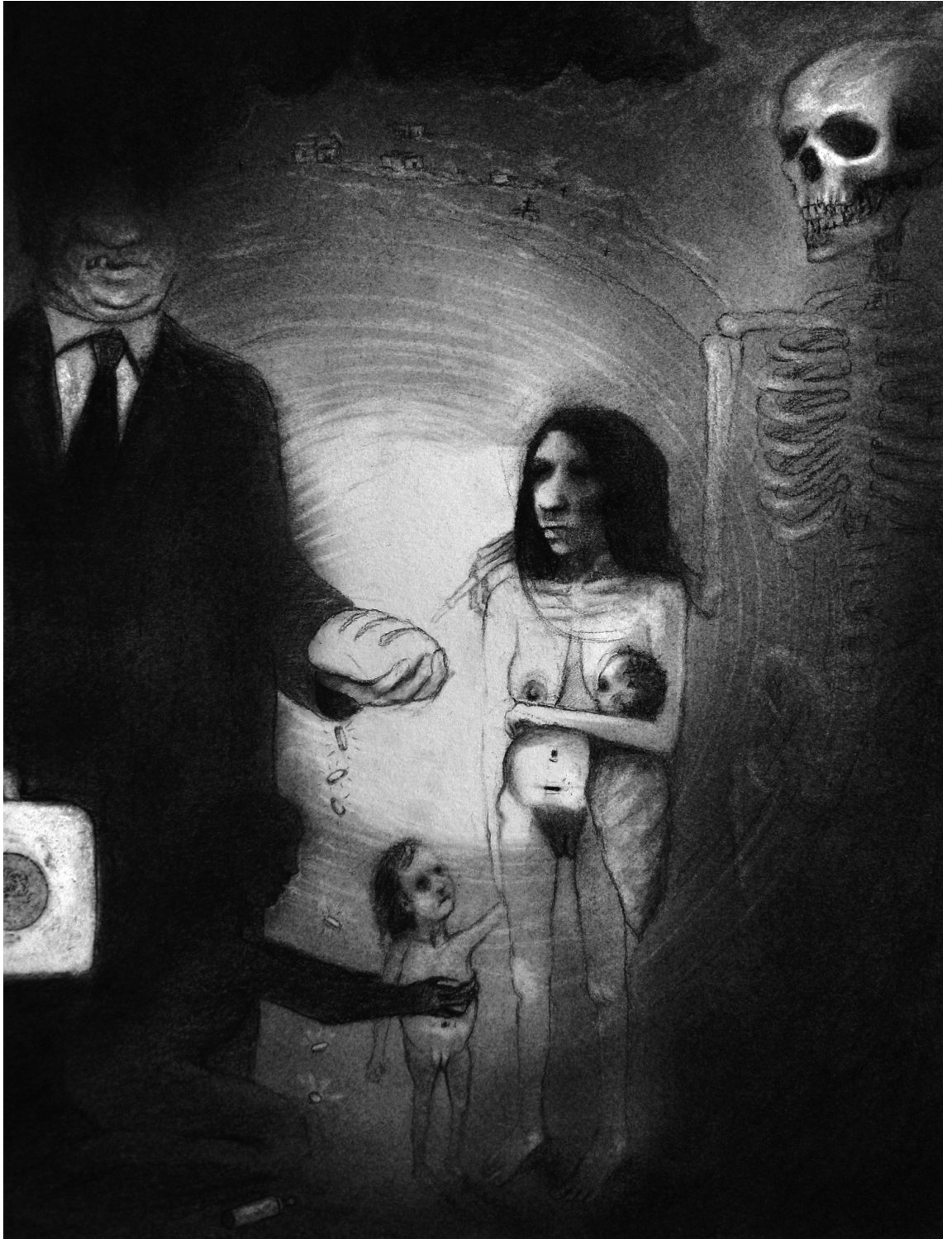
En su largo relato, tratando de disculpar a su hija, dijo también:

—Al llegar la noche, el tío de los niños, Toño (Antonio García Chávez) llamó a mi hija, y le dijo que después de que le entregaran al niño las del licenciado, nos llevarían en su auto, al rancho con todo y los regalos de Navidad que tenían para los niños, pero que antes su esposa Guadalupe le compraría pañales y leche.

Se supone que para eso la citaron, irían las dos a las compras. Así que el lunes 9 de enero por la mañana salieron de casa de la suegra con ese propósito, Guadalupe, Laura Faiola y la pequeña Dana. Y luego irían al lugar donde recibirían a Raúl Alejandro, en la esquina de Vivaldi y Patria. Hasta ahí estaba enterada la madre de Laura Faiola.

Pasaron las horas y lo que vino después, no lo supo la madre hasta que le comunicaron que su hija, estaba detenida.

La señora manifestó ante la justicia que a Dana Karen, de dos años, nunca la prestó porque supuestamente esos licenciados solamente elegían, “niños chiquitos que no tuvieran dientes. Casi recién nacidos”.



III. AYUDAN A LAS MADRES SOLTERAS

— Sé que la institución se llama López y López, S. A., ahora sé que se llama asociación de adopción, algo así, sin saber el nombre de las personas que la integran —dijo Laura Fabiola, como la nombraban siempre en las noticias.

Lo cierto es que con ese cuento de que les daban quinientos pesos por día, cayeron redonditas familias completas, vecinas y comadres del mismo rumbo donde se encontraba Laura Faiola. Su cuñada fue pues la primera que la convenció de que se uniera y aprovechara la oportunidad que se les brindaba de ganar dinero.

—Hay una institución que ayuda mujeres con leche, pañales y que además nos pagan quinientos pesos por día, sin contar los domingos, por prestar a los bebés.

El dinero era a cambio de llevarse a los niños para fotografiarlos, eso era lo único que sabía, sin preguntar más nada. La paga era atractiva, y ella igual que todas se tragarón todo con suma facilidad, como si se tratara de algo bueno.

Cuando fue entrevistada meses después, Licha dijo a la prensa:

—Quiero olvidar todo. A mi hijo se lo llevaron cuando tenía un mes y días y me lo entregaron con siete meses. Imagíñese como me siento.

Y esto lo mencionó porque a su niño, al igual que los de las otras mujeres fueron puestos de inmediato —al estallar el asunto—, en manos de las autoridades, quedando bajo el resguardo de la casa hogar Cabañas.

Eso de olvidar todo, le está siendo difícil a Licha, una pesada carga atosiga su conciencia. Con lo que reveló ella, al ser citada a declarar, en calidad de testigo, junto con su cuñada, Ma. Guadalupe Muñoz Gutiérrez y otras mujeres como Martha Leticia Mendoza González, Reyna Sandra Niño, Fernanda Livier Montes González, Martha Rosa González Galaviz y Guillermina Hernández López, de inmediato se supo que era parte de la misma cadena de las que habían engatusado con el rollo de una campaña de promoción.

Licha exhibió con simpleza, lo que había en su cabeza.

—Recientemente invité a una vecina que se llama Chabela, que vive en los mismos terrenos donde tengo mi vivienda. Chabela es mujer soltera, como de 21 años, madre de no sé cuántos hijos, y tiene una bebita de meses. Le platiqué del dinero que había recibido por los quince días que mi hijo Ángel Alejandro estuvo con las mujeres. Ella, Chabela al principio, dudó. Me dijo que lo pensaría, porque le daba mucho miedo.

Para entonces era un secreto a voces en el rumbo, y a Chabela ya le había contado otra mujer llamada Cuca, madre de Martha Leticia, quien ya había metido en el rejuego a su niño. Las encandiló el dinero, un arpón ineludible.

En el ensortijado presente de estas mujeres hay ausencias de cualquier índole. Se conocen de vista, padecen las mismas calamidades, se acomodan al día a día como van pudiendo. A nadie le extrañaba, verlas vivir rodeadas de niños que no tienen padre. Y los que buscaban a los niños para su negocio, lo sabían muy bien, cada niño era una promesa de dinero, para ellas, para todas. Un negocio redondo. Lo curioso es que astutamente siempre encontraban en cualquier barrio un filón muy sustancioso para reclutar a las mujeres. Los barrios están llenos de mujeres encintas, madres solteras, y niños recién nacidos. Después me enteré de que el jefe de la banda, tenía gente que enviaba a buscar en barrios, colonias, a mujeres como Laura Faiola: jóvenes, inexpertas, y con hijos. Algo nada difícil de ubicar.

Así fue como Licha, o Elisa García Chávez, puso a disposición de las dos mujeres que conocía simplemente como “Silvia” y “Lupita”, a las que se les empieza a mencionar como las “intermediarias”, al niño de Chabela, igual que lo había hecho con el de Laura Faiola y con el suyo. Esas dos mujeres al preguntarle a Licha por la edad del bebé de Chabela –detalle determinante para los fines–, supieron que éste era candidato idóneo para contratarlo. Luego Chabela, atraída por el ofrecimiento, y la buena recompensa, según ella, sin mucho quebrarse la cabeza, de inmediato dijo que sí. Aceptó el convenio. Total todas las que conocía, amigas, vecinas, lo estaban haciendo. En un solo paso, quedó muy convencida, y Licha llamó de inmediato a las de la campaña de sesiones fotográficas. Y Chabela firmó el contrato de una buena vez. Sin averiguar más nada. Y todo ocurrió en casa de Cecilia Velázquez Díaz, otra de las mujeres del barrio, era en su domicilio donde se hacían todas las transacciones de entrega y recepción de niños. Lo curioso es que Licha, al referirse a Silvia y a Lupita, muy segura, decía:

—Son las mujeres que trabajan en la asociación de niños para darlos en adopción.

No mencionaba lo de la renta.

Y cundió, como era de esperar, entre las mujeres, la noticia de que sin necesidad de salir de casa, de tener un trabajo, les daban dinero por sus bebés. Los niños saldrían en fotos, lonas, anuncios publicitarios contra el aborto, “para que nadie tire a sus hijos”. De paso, se harían famosos, como esos niños bonitos de los anuncios, que promueven los tarros de “Gerber”. Era demasiado para sus frágiles encantos, internos y externos.

Licha, no sabe leer ni escribir, al dar su declaración iba contando lo que sabía, de primera mano.

—Aparte de Chabela, estaba también Cruz, a la que Cuca me presentó como su sobrina. Una jovencita madre de una niña de cinco meses de edad, que dijo que también quería entrarle.

Como si se tratara de ganar una lotería, una excelente oportunidad. Y ella se encargaba de llamar a las negociadoras.

—Me volví a comunicar con las mujeres quienes nos citaron en el Centro Magno, frente al elefante. Ahí, Silvia y Lupita le explicaron a Cruz escuetamente cuánto ganaría.

Una explicación inútil, porque sabían a lo que iban. Firmaron el contrato y Lupita le dio a Cruz, dos mil quinientos pesos.

—O más, no recuerdo bien. Y entregó a la niña. Esto fue el mes de diciembre del 2011, y a los ocho días de la firma de Cruz, un fin de semana, llegaron con los tres niños, como estipulaba el contrato. A Cruz le dieron dos mil pesos, a Lety un cheque por la cantidad de seis mil pesos y a mí un cheque de cinco mil pesos.

Aunque Licha, agregó:

—Cruz ya por su cuenta volvió a prestar a su niña, ya que el nueve de enero fue una de los bebés que regresaron las trabajadoras de los licenciados.

Licha, a esas fechas ya había firmado dos contratos por ceder la custodia de su hijo de dos meses de edad a las promotoras, a cambio de dinero.

Todo lo anterior fue una constatación de que esas intermediarias eran parte de los sujetos activos del delito, mujeres que habían puesto en peligro el bien jurídico tutelado por la norma, “como es la libertad de los menores y la seguridad pública”. Con los primeros datos se procedió a analizar el cuerpo del delito, se trataba de tráfico de menores en grado de tentativa, al pretender trasladar a un menor de 16 años, de manera ilícita fuera del territorio nacional con el propósito de obtener un beneficio económico indebido. Una imputación “eficiente y suficiente”, que probaba “los elementos del tipo penal y la responsabilidad del inculgado”.

Empezaba pues a perfilarse la presencia de otro delito, el de delincuencia organizada, ya que “en forma permanente realizaban conductas

que por sí o unidas con otras, tienen como fin cometer el delito de tráfico de menores”. De las investigaciones y cateos realizados de inmediato se atisbó algo más grave aún. Se empezaba a saber que a través de esos préstamos de niños, o rentas, se estaba simulando la realización de trámites de adopción a extranjeros, en este caso irlandeses, en los juzgados familiares del estado de Colima. Los documentos encontrados lo fueron demostrando.

A raíz de la detención de Laura Faiola se fueron quitando una a una las capas de una corteza que más adentro escondía una miserable y desalmada intención. Revelaba la forma en que operaba la organización.

Todo se fue vinculando para integrarse como prueba plena, indicios, con valor probatorio. Así, quedaban “Lupita” y “Silvia”, en primera instancia como las principales operadoras dentro de dicha organización, ya que eran encargadas de “conseguir y ubicar a madres con hijos recién nacidos para invitarlas a participar en campañas que nada tenían que ver con la protección de los niños”, ni de la vida.

Algunas de las madres dijeron que comenzaron a tener dudas. Pero cuando se negaban a prestarlos de nuevo, “Lupita”, las asustaba con la amenaza de que si lo hacían, tendrían que pagar por las carriolas, portabebés, bolsas de pañales, leche y todo lo demás que habían comprado para los bebés. Y como no tenían ese dinero, se aguantaban sus dudas, y seguían en la trama.

Fueron las primeras en ser identificadas, pero no eran las únicas. Al filo de los días se fueron sumando, gracias a los dichos de las mujeres, nombres como esos de las principales promotoras, que luego fueron aprehendidas y arraigadas en una casa de seguridad, por el sur de la ciudad, incluyendo en primer lugar a Laura Faiola, Cecilia, Lupita y Silvia. Luego cayeron otras y otros.

Es claro que todas las mujeres se conocían. Eso propiciaba que fuera creciendo el número de incautas. Por ejemplo Cecilia, la que prestaba su casa, es la mamá de Karla Paola Zepeda Velázquez, de 14 años de

edad, quien había rentado a su hija Camila Yireth, de ocho meses de edad. Resultó ser una de las adolescentes más asidua a los contratos, había firmado tres: uno por diez mil pesos, el segundo por siete mil pesos, y el tercero también por siete mil pesos, este último ya no alcanzaron a pagárselo porque no hubo tiempo, se había caído el telón.

En ese disparatado mundo fue el encuentro en el que Laura Faiola, entró en la organización delictiva. Su niño de ocho meses era presa ideal, y pronto dejaría de serlo por su edad, así que conociendo el requisito, más pronto que tarde decidió “prestarlo” como se referían a esos intercambios.

Deshacerse de los niños como ellas lo hicieron, resulta estremecedor, en un país donde se pondera la maternidad como uno de los sentimientos más fuertes e insustituibles del ser humano. La madre es la figura más venerada y el tema ha sido un referente cultural, que permanece aun cuando el machismo vaya aparejado con esa lealtad. Difícilmente una mujer al ser madre suelta a su cría, sobre todo si está enferma. Como ellas lo hacían.

Pero en esas mujeres era tal su torpeza que en el caso del bebé de Laura Faiola, éste sufría de bronquitis, pero ella, sin mostrar preocupación por el inocente lo echó en brazos de Silvia y Lupita y se lo llevaron.

—Me dijeron que iba a durar tres días mi hijo con ellas, para atenderlo y para tomarle fotos, no me pagaron nada en ese momento, pero cuando me entregaron a mi hijo, tres días después, que fue un sábado en la tarde Lupita me dio mil 500 pesos y Silvia me dijo que lo revisara para que viera que estaba bien físicamente, por lo que lo revisé y estaba todo bien.

Desde la primera vez que Laura Faiola prestó a su hijo, dijo sentirse confiada, segura de estar en lo correcto. Sin apuro de que algo más se podría esconder entre aquellas sonrisas amables, entre aquellos cartelones, que por cierto jamás vio el de su hijo, anunciando la vida. Lo que había detrás de esas despedidas de su pequeño cabía muy bien con el desparpajo con el que llevaba su vida. Caprichosa, Insolente, se

dejaba llevar, sin guardarse nada. Su arsenal de fidelidades y ternuras, estaba casi vacío. Ningún sentimiento profundo ataba su descalabrada vida.

La zona donde ella se encontraba, como ya dije, uno de los lugares más deprimentes, inseguros y abandonados del municipio de Zapopan, pese a su cercanía con el Bosque de la Primavera, el más grande e importante del área metropolitana, se convirtió en el surtidor de niños.

—Aparte de mi hijo subieron a cuatro menores de edad: Mi sobrino (Angel Alejandro) y dos niñas más Camila y Brígida —sin recordar sus apellidos, ni el nombre del otro bebé—. Se los llevaron y nos dijeron que en quince días nos los devolverían a este mismo domicilio, la casa de Cecilia.

Las madres “alquiladoras” por un lado, y por el otro, las organizadoras de la dizque campaña para no abortar, formaban una red muy abierta, muy doméstica, muy familiar, todas sabían de todas. Además los chismes, era su medio de información más directo, espontáneo y rápido. Con la ventaja extra de que en el lúgubre lugar donde convivían, es como en tantas otras partes, una zona a donde rara vez llega la policía, no hay rondines como en otras colonias, mucho menos aparecen las trabajadoras sociales, esas que deben supuestamente llevar los programas de beneficencia a todos los rincones, y que con tanta alharaca anuncian, presumen y prometen los gobiernos en turno. La policía llega cuando sucede algo grave, no antes, puedes morir en manos de los vándalos, y seguramente nadie se presentará a auxiliarte, como le pasó a Alejandro. Ni los servicios de emergencia, ni la policía aparecen a tiempo, cuando se necesita, si es que llegan, porque muchos elementos policíacos confiesan que hay lugares en los que mejor ni se adentran, porque no saldrían vivos. Como ahí donde viven Laura y compañía.

Licha confesó que a pesar de no ser madre soltera, la habían persuadido las contratantes de niños, de registrar a su menor hijo como si no tuviera esposo. Lo que ella no supo, hasta después, es que a su hijo

Angel Alejandro, ya lo tenían asignado a los que se ostentaban como sus nuevos papás.

Así que en esos arrabales ni riesgo de que alguna nariz perspicaz o curiosa se acercara y descubriera un negocio explosivo. Nadie cruzaba esas fronteras divididas entre los que tienen mucho y los que no tienen nada.

En vez de ponerse a trabajar para mantener a sus criaturas, de unirse y tratar de mejorar sus condiciones de vida, su entorno, para esgrimir su galopante sosería, se animaban unas a otras a que le entraran a la “campana”, a que buscaran mamás para lo mismo, como en un negocio piramidal, mientras más entraran más ganaban todas. La que enrolaba una nueva recibía una comisión por recomendarla. Y de ahí para adelante.

Todos parecían muy convencidos, las enganchadoras, las alquiladoras y hasta los irlandeses, ya que según declaró Lupita:

—En algunas ocasiones, volvían por segunda vez a adoptar. Algunos de ellos, nos han mandado fotos de sus bebés ya estando en Irlanda.

El propósito criminal, quedaba pues configurado.

IV. POBREZA ABOMINABLE

Es el ambiente, donde se había instalado una escasez de miras, de oportunidades, de ausencias, donde surgió la extraña relación mercantil. De repente las protagonistas sin esperarlo fueron cautivas de un vendaval de acusaciones, de interrogatorios. Aunque al tiempo, la persecución contra ellas, tampoco ha sido suficiente para despertarles un poco, su somnolienta conciencia.

Y es que al ir cayendo las informaciones, al ampliarse la investigación merced a lo que decían las primeras mujeres arraigadas, y lo que se desprendió de los documentos encontrados en el que fuera despacho de los López y López, se fue esparciendo el rumor de que se trataba de una banda. Y lo que todo mundo suponía, era solamente un chisme de barrio, un pleito de familia, puso al descubierto una red internacional de tráfico de menores.

A los pocos días después del nueve de enero, varios periodistas acudimos a la zona donde viven las mamás de esos niños que propiciaron un continuo vaivén de informaciones, unas más desgarradoras que otras. La abominable pobreza propició los hechos. También la ignorancia. En un marco donde el Gobierno de Jalisco, jamás ha querido ir más allá, de lo que ya nadie ignora, y admitir que en un estado famoso por su tequila, mariachi y hermosas playas, se venden las criaturas. Demasiado grave para ser conocido ante el mundo. Dejando paso a la impunidad. Algo muy arraigado en la vida de los mexicanos.

Lo que hablaron las mamás de los niños rentados, no tiene desperdicio. Denotan la tremenda indolencia a la que viven trabadas. Una estrechez

de vida, donde pareciera que reducen sus “activos”, a su propio cuerpo, y en este caso sumando a sus propios hijos. Mujeres que tímidamente hablaban. Y en su enorme desbarajuste ni siquiera se resistían a externar sus miserias, dejándose llevar como seres sin voluntad, doblegadas ante el paredón de fusilamiento.

Una menor de edad, Martha Leticia Mendoza González, fue por cierto quien recomendó a Elisa Chávez García para entrarle a la rentada de su hijo, y ésta a su vez lo hizo con Laura Faiola. Una ruta que se repetía en cada trato con las trabajadoras de los López. Una cadena que solo rompió el destino, no las autoridades. Así quedó su testimonio:

—Quiero platicar lo que ha pasado con mi hija Naidelin Brigitte Esparza Mendoza, de seis meses de edad —dijo Martha Leticia.

—Conocí a Cecilia Velázquez Díaz, en el baby shower de su nuera Paola, no recuerdo bien la fecha. Ella me comentó que unas personas estaban ayudando a las mamás solteras en una campaña para que prestáramos a nuestros hijos por un tiempo de quince días. Que les tomaban fotografías sobre el aborto y la adopción de los niños. Yo le pregunté que si eso era confiable y Ceci me dijo que sí, que ella ha mandado a su nieta Camila Yireth y que luego de un tiempo se la regresaron a cambio de quinientos pesos moneda nacional, diarios; menos los domingos, porque ese día descansan. Aunque si queríamos podríamos incluir los fines de semana. Decidimos que los regresaran cada domingo, y luego volvieran para llevárselos otra vez. Ese era el trato.

En sus decires no hay emoción, congoja, habla de su historia como si se tratara de un hecho banal, pasajero, que le ayudaría a pasar mejor sus días, por el dinero que obtendría a cambio. Eso era lo más relevante.

Aunque son mujeres muy sojuzgadas por sus parejas, en este fluir de lo que ellas consideraban una muy buena opción, ni siquiera lo consultaban con sus hombres, resolvían a su manera, tal si fuera un asunto intrascendente, cotidiano. Por eso cuando esta mujer que apenas había salido de la pubertad se lo comentó al marido, éste poniendo una

cara de extrañeza ante lo que no era una travesura de adolescente, furibundo, le reclamó que por ningún motivo aceptara ese ofrecimiento.

Sin embargo, Martha Leticia, le fue tumbando poco a poco la resistencia que al principio mostró el también inexperto muchacho. Y ante la insistencia de su mujercita que lo convenció diciéndole que ya lo había discutido con la tal Cecilia, y que ésta le había asegurado que no iba a tener ningún problema, que el hecho que fuera menor de edad, no era motivo de preocupación, el otro cedió.

Con la anuencia de su pareja, la chica rápidamente acudió a la calle Latón número 223, de la colonia Arenales Tapatíos, donde vive Cecilia y le dijo muy contenta, como un triunfo, una gran conquista, que estaban, su marido y ella, muy de acuerdo en prestar a su hija, Naidelin. Prontamente, Cecy llamó por teléfono a una de las mujeres de la campaña. En cosa de quince o veinte minutos, se presentó Silvia (Soto Abundis). Y de inmediato se pusieron de acuerdo sobre la entrega de la bebé. No había más que discutir. ¿Cómo para qué? Se decían a sí mismas.

—Al día siguiente, tres de noviembre del año 2011, a las nueve de la mañana llevé a mi hija Naidelin a la casa de Cecy; ahí les firmé un contrato por quince días. No me dieron una copia del contrato porque yo les dije que no. Me pidieron una copia del acta de nacimiento de mi hija porque dijeron que era un requisito, para poder llevársela. También me preguntaron si mi hija pasaba de los ocho meses, porque de ser así entonces no podían hacerme el contrato. Les entregué a mi hija con todo y su acta de nacimiento.

Con la simpleza de una niña que jamás había salido de su paupérrimo mundo, nos dice:

—Les di a mi hija sin que se llevaran nada de ropa, solamente un biberón con leche. Entonces me prometieron que me iban a pagar los quinientos pesos diarios que se habían acordado, me los darían hasta que los de las fotografías hubieran hecho sus tomas y me regresarán a mi hija. Volví a casa y le dije a mi esposo que había firmado un

contrato por quince días. Yo les llamaba por teléfono todos los días a las mujeres para saber cómo estaba la niña, sí me contestaban, aunque no me daban ningún detalle, ni nada parecido, solamente, al otro lado de la línea escuchaba decir que todo iba bien. Durante ese tiempo solamente vi a mi hija una vez, que fue cuando llevaron ellas a registrar al hijo de mi amiga Elisa que vive en la calle Parota número cinco, de la misma colonia Rehilete en la que yo vivo, en Zapopan. Y es que ella también prestó a su hijo porque yo le platiqué del programa y también estuvo de acuerdo. Mi niña estaba con ellas.

Así pasó el plazo convenido, mientras ella y su marido parecían muy despreocupados, tranquilos, aunque su primogénita estuviera ausente de casa tantos días.

Y sigue hablando.

—El día dieciocho de noviembre del año 2011, me entregaron a mi hija, la revisé para ver que estuviera bien.

Mucho tiempo después le enseñaron las fotos de su hija, esas que le prometieron cuando se llevaron a la criatura, y que le mostrarían al finiquitar el primer contrato, como ocurrió. Las vio y quedó muy complacida.

Y es que para persuadir a las madres que soltaran a sus hijos, las negociadoras llevaban siempre consigo un viejo cartel, malhecho, sin arte alguno, con los rostros de niños, de otros niños, que también habían participado en la dichosa publicidad.

Martha Leticia, dijo:

—Pude ver ese cartel, como tres meses después de que empezamos a prestarlos, ya que se tardaban mucho en tener los anuncios listos.

En esos meses que transcurrieron no quiso precisar cuántas veces hizo la misma transacción.

Martha Leticia manifestó halagada que recibió una vez, la cantidad de siete mil quinientos pesos moneda nacional; los cuales le dieron en efectivo.

—Entonces volví a firmar otro contrato por otros quince días, esto ocurrió el día veintisiete de diciembre del año 2011, para entonces mi esposo estaba muy de acuerdo, ya que con el dinero que nos dieran estábamos planeando construir un cuarto que necesitábamos en la casa donde estamos viviendo y por eso mi esposo ya no me dijo nada ni me reclamó tampoco. Supuestamente, el contrato terminaría el día doce de enero de este año 2012. Sin embargo me la entregaron el nueve de enero, como a las 21:00 horas. Fue cuando me llamaron por teléfono, no sé si fue Silvia o fue Lupita, no me acuerdo, pero me dijo que nos iban a entregar a los niños para evitar más problemas, que después, cuando ya se calmaran las cosas, se comunicarían conmigo. Yo aún no me enteraba de nada, y no sabía por qué me dijeron eso. Y me pagaron por el tiempo que tuvieron a mi hija. Cuando firmé los contratos me fijé que tenían un domicilio de un despacho de abogados, López y López Asociados, S. A., pero no me acuerdo cuál es, está en los contratos que le hicieron también a Elisa.

Su bebé fue asegurado cuando se destapó —como dijeron algunos— la cloaca, junto con los otros menores, por la Procuraduría estatal.

Por cierto Martha Leticia Mendoza González, al recibir la primera vez un adelanto por el cambalache de su hija, se sintió una mujer muy acaudalada.

—Y cuando me la entregaron me dieron siete mil quinientos pesos.

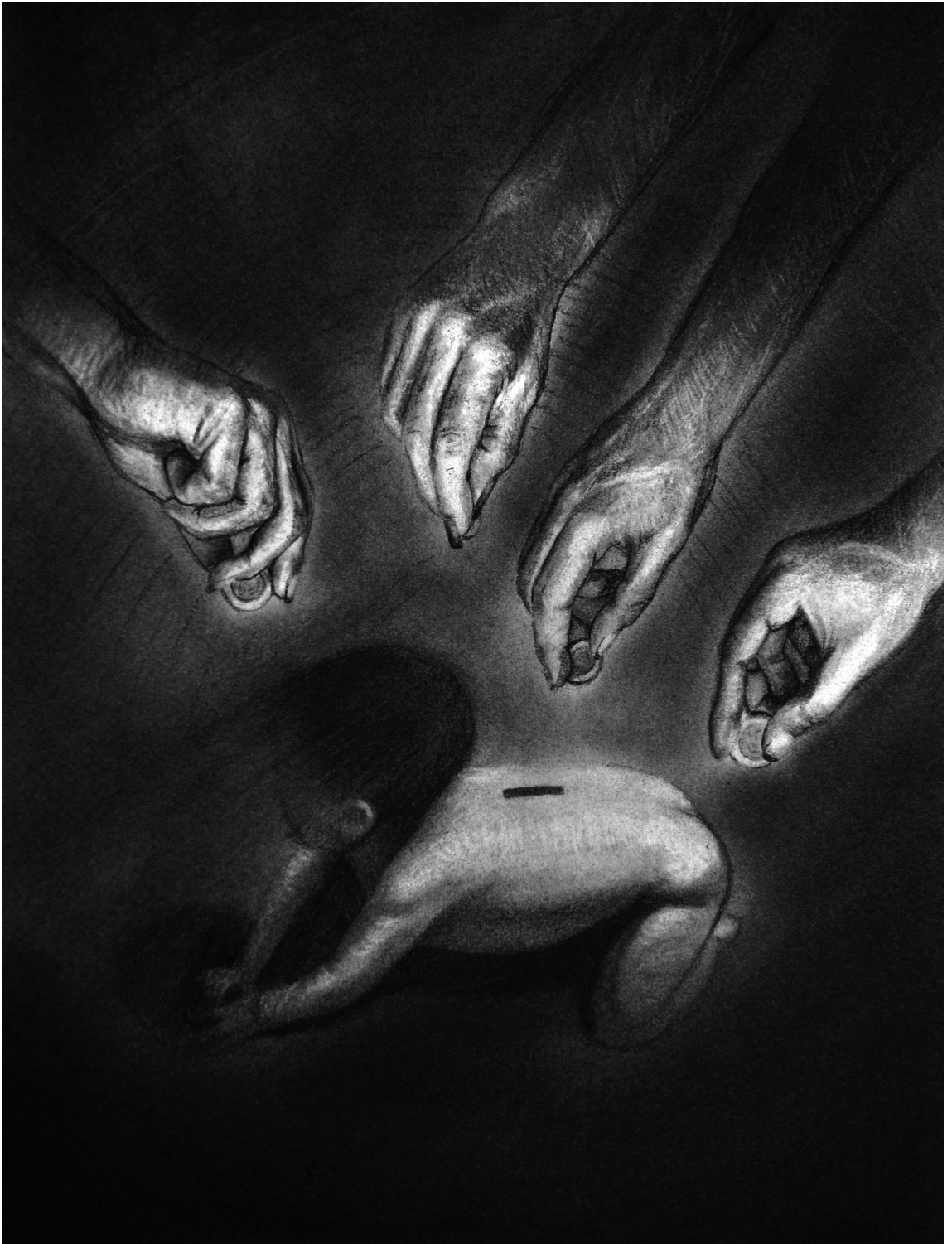
—¿Alguna vez recibiste tanto dinero junto? —Le pregunté.

—En mi vida no había visto tanto dinero —dijo apenada, pero con un dejo de satisfacción.

La enteraron de que supuestamente la niña había sido también atacada sexualmente.

—Pero la verdad nunca le vi nada raro. Con engaños me llevaron los de la Procuraduría. Me dijeron que iban a revisar a la niña. Declaré, pero no me la regresaron.

Luego ríe nerviosamente, con ingenuidad, como si se hubiera tratado de un juego, de una muñeca que hubiera prestado. De una trastada. Medianamente se da cuenta de todo el significado de esa historia tan inverosímil como patética, donde un tipo sin escrúpulos, muy conocedor de las mujeres que viven en los contextos más desfavorables de la sociedad, donde nada se planea, donde todo se acepta en una existencia monótona, se aprovechaba para conseguir sus oscuros propósitos.



V. UNA CASA MUY HUMILDE

Ellas fueron llegando hasta el domicilio de la suegra de Laura Faiola, quien en esa fecha de enero del 2012, se encontraba arraigada por orden de la Procuraduría, junto con otras ocho personas, en la avenida Cruz del Sur en Guadalajara, Jal. Ellas las ingenuas damitas, estaban muy dispuestas a contarnos todo lo que les había pasado luego de conocer a las mujeres que quién sabe cómo las habían localizado en ese abandonado reducto de la ciudad, donde encontraron la veta idónea para mover su espantoso negocio de recién nacidos.

Es una casa con un patio y piso de tierra, modesta, de esas que van construyendo poco a poco con los magros recursos de todos los miembros de la familia. Nos sentamos a la sombra de un trasquilado arbolillo, sobre una enorme piedra. Es en la calle Azucena, de la colonia La Floresta, que igual que las casas ha ido creciendo sin ton ni son, muy cerca de Arenales Tapatíos. Y ahí escuchamos los escalofriantes relatos.

La dueña de aquel humilde hogar, un espacio ordenado, limpio, con paredes recién pintadas, cubiertas de fotografías de las bodas de algunos de sus hijos, y de santos de su devoción, Irma García Sánchez, es abuela de Raúl Alejandro, Ana Karen y Angel Alejandro. Tiene 61 años de edad. Aún no había superado la muerte de su hijo, el papá de los niños de Laura Faiola, a quien ultimaron por robarle sus tenis el 22 de septiembre del 2011, demasiado reciente para mitigar su llanto, muy pronto para recibir tan malas noticias. Una prolongada tristeza la acompaña, y por si fuera poco, le sumó a sus tribulaciones, la ausencia de las criaturas en manos de las autoridades.

—Laura Faiola, luego de que murió mi hijo, se quedó en mi casa. Nunca dejamos de echarle la mano. En ese entonces la niña tenía nueve meses y ella, cuando quedó viuda estaba esperando otra criatura, llevaba tres meses de embarazo. Nosotros no queríamos que metiera al niño (a la renta), si aquí no le hacía falta nada.

La mujer habla con la parquedad de quien no cuenta con muchos elementos para explicarse con más minuciosidad. Corta en sus palabras. Pero deja claro que fue su hija Licha, la que empezó a rentar a su hijo, y que luego llevó al pequeño de Laura Faiola.

La madre de Licha rogaba a su hija y a su nuera, que no lo hicieran.

—No los metan a eso, quién sabe para qué los quieren. Sobre todo a mi nieto, es lo único que me dejó mi hijo.

—¿Y qué pasó?

—Pues que se llevaron al niño tres días, miércoles, jueves, y el viernes lo trajeron. Yo tenía mucho pendiente, mucha desconfianza. Luego me contaron que el bebé había estado en Chapala, nada más. Y yo les gritaba, ojalá que no salgan con una chingadera. Para mí que fueron engañadas las dos, por pendejas.

Doña Irma no para de llorar, tiene motivos de sobra para hacerlo. A lo largo de su vida solo ha recibido al infortunio. Y en esa, su infinita melancolía, se pregunta en voz alta:

—¿Por qué se metieron en esto? Aquí nunca le faltaba leche, para la niña, para el niño. Yo no sé por qué no nos hizo caso Laura Faiola, ahora, ahí está el niño todo perjudicado. Porque nos dijeron que es uno de los que están violados.

Esto último lo menciona como una fatalidad extra en su existencia. Sumiéndola más en las lágrimas. Y no para de sollozar.

—Entonces, ¿Laura Faiola sí estaba vendiendo a la niña?

—No se crea doña. Ella por Diosito santo, yo le estoy hablando con la verdad. Yo le decía que las viejas esas enganchadoras, una gorda y una delgadita güera, la estaban engañando.

—¿Dónde las veía?

—En la calle, se los entregaba a las mujeres. Yo les decía eso no está bien. A lo que Licha me contestó una vez: “Mire mamá, la voy a llevar al Registro Civil para que se de cuenta de que todo está legal”. No sé por qué, a aquellas viejas les urgía que Laura Faiola registrara al niño como madre soltera. Y para estar más tranquila, fui. Y sí era cierto, vi una camioneta blanca, con un friego de portabebés amarrados en los asientos con niñas y niños. Y al niño le quitaron el brazalete del pie, y la hoja del registro civil a Laura Faiola.

Sigue entre gemidos, pero no se detiene para seguir hablando.

—Yo le dije a Laura Faiola, ponte lista, que te lean el acta hasta las mismas de ahí, que no te hagan pendeja esas viejas. Pero ella no supo nada, y solo vio un papel firmado, de que los habían dado en adopción. Ese mismo día del registro, fue cuando se llevaron al hijo de Licha y al de Laura Faiola, y los recogieron los padres adoptivos.

—Las engañaron a las pobrecitas. Les lavaron la cabeza.
Dejamos a un lado a Doña Irma.

VI. PAGABAN TODO

— En mi caso cuando me iba a “aliviar”, pos no tenía todo el dinero para el parto, por eso les hablé a ellas (enganchadoras) porque sabía por otras amigas que ellas nos ayudaban a pagar los gastos del hospital y del médico. Y así fue, me apoyaron a la hora del alumbramiento, pagaron todo. Yo me sentía muy agradecida con las mujeres, por eso cuando me pidieron al bebé para lo de la publicidad, no pude echarme para atrás, porque si lo hacía, me reclamarían el dinero que habían dado a la clínica donde parí a mi niño, que eran más de diez mil pesos, más un 20 por ciento extra si me arrepentía, porque también me dijeron que pagaría intereses, el diez por ciento por cada día que pasara sin liquidarles.

La que habla es Reyna Sandra Niño Hernández, una madre soltera, de 26 años.

Acababa de suceder el hecho que conmocionó a la ciudadanía, “¡cómo que están rentando bebés! ¡Hasta dónde vamos a llegar!”.

Y con los oídos abiertos y los ojos que no querían perder detalle alguno, me apresté a conocer esos matices de la condición humana que afloran sin pretensión, sin prejuicios de ninguna clase, tan diáfanos, tan naturales, que solo pueden surgir en la inconsciencia.

—¿Cuántos meses tiene tu hijo?

—Seis meses de edad.

—¿La primera vez que se los prestaste, cuántos meses tenía?

—Dos meses.

Ella recuerda con mucha claridad cuando iba una camioneta a buscar a las mamás y a sus bebés:

—Los recogían y los acomodaban en los portabebés. Luego los presentaban ante el licenciado (Carlos López Valenzuela), quien los observaba para decidir cuáles niños le interesaba rentar. Si le gustaban, los bebés se quedaban en la camioneta y la encargada, Lupita Bosquez Montaño nos daba el cheque a las mamás.

Parece que el dinero fluía, había hasta tres camionetas de modelo reciente, que servían para el traslado de los menores: una roja, una blanca y una negra, muy elegantes, según las mujeres.

Así, en la misma casa de Doña Irma, iban apareciendo las compañeras de penuria, las madres de los bebés rentados, llegaban a contactarnos su historia, ni siquiera se resistían. Hablaban sin poquita o mucha pena.

Llegó otra de las muchachas, Fernanda Livier Montes González, de 18 años de edad. Ella y su marido le dan, por cierto, asilo en su casa a Reyna Sandra. Habló igual que su amiga, repitiendo la rutina que las tiene emparentadas.

—Nos dijeron que le prestáramos a nuestros niños para una publicidad contra el aborto.

—¿A ti cuánto te pagaron?

—A mí me costearon lo del hospital.

—Entonces, ¿crees que les mintieron a ti y a Reyna?

—No sé por qué Lupita y Silvia (Soto Abundis) llegaron un día a la casa. No estoy segura, pero creo que el esposo de Lupita es pariente lejano del mío. Yo pienso que se enteró por alguna parte que íbamos a tener nuestros bebés y yo no sé cómo pero se acercó a nosotras. Directamente nos buscó. Ya en plena plática, nos invitó a que le diéramos prestados a nuestros hijos para la publicidad. Ella cuando nos contactó nunca nos mencionó que era para que nuestros hijos los adoptaran unos irlandeses. Jamás se dijo nada de eso.

—¿Cuántos meses tenía tu bebé cuando lo prestaste la primera vez?

—Un mes de nacido. Y es que yo había firmado el contrato a cambio del pago del sanatorio y no podía decir que no, porque me cobrarían más que lo que pagaron por el parto. Así que se los presté primero por quince días y me lo trajeron bien. Luego otra vez, a los tres meses de edad.

La pequeña madre dice que la ha pasado muy mal desde que la Procuraduría le quitó a su hijo.

—Lloro cuando despierto, lloro cuando me duermo.

—Pero ¿cómo te convencieron, cómo se te ocurrió prestar a tu niño?

—Sé que fue un error pero nunca quisimos darlos en adopción, eso no es cierto.

—¿Dónde trabaja tu marido?

—En una recicladora.

—Entonces tú sí tenías dinero para los gastos del bebé?

—Sí.

En el barrio donde nacieron y siguen viviendo, hay verdaderas pocilgas, todo está a medio terminar, algunas casas las levantaron con materiales que recuperan de sobras que van abandonando en algunas construcciones de más arriba. Las completan con cartón, con plásticos, con lo que encuentran a la mano. La mayoría de las viviendas tienen fachadas sin pintar, se fueron alineando sin precisión, sin orden, hasta que solita se formó una calle, o algo que le dicen calle. Son cúmulos tras otros de tierra, de basura. Los niños juegan en medio de los hoyancos, entre la mugre.

Una profunda devastación circunda el ambiente, producto de la extrema pobreza. Y si uno levanta la mirada, y observa lo que hay frente a este desamparo, sorprende el contraste. Acá, abajo, la miseria, arriba las mansiones y el vigoroso encanto de las colonias, Bugambilias y el Palomar, donde se instala el pródigo bienestar de los que no les falta nada, más bien, les sobra mucho. Una enorme brecha los separa, allá la abundancia, y más acá una adversidad repetida en cada metro cuadrado. Una zona rural, en la que hasta los arbolitos desaparecieron.

Pero había que recoger los avatares de una historia que estruja el estómago, que entristece el espíritu. Y que no es más que el producto de la injusticia y la desatención gubernamental que no alcanza a distribuir equitativamente los servicios que en teoría deberían llegar a todos, claro, si nos ajustamos, a lo que viendo aquí, resulta hilarante: el ferviente discurso del poder.

Karla tiene 15 años. La primera vez que rentó a su hija, ésta tenía cinco meses.

—¿Cuántas veces lo hiciste?

—Tres veces.

—¿Les creíste todo a las mujeres?

—Sí, porque la primera vez me la devolvieron bien y me enseñaron mantas, carteles con la foto de mi niña. Por eso pensé que todo era verdad.

—Y ahora ¿dónde está la bebé?

—En el Cabañas, por cierto nos dijeron que no me la iban a regresar, por todo esto que estaba pasando y también que era una de las bebés violadas. Pero yo nunca le vi algo extraño cuando le cambiaba de pañal.

—¿Cuánto dinero ganaste?

—La primera vez, diez mil pesos. La segunda, nada porque supuestamente mi hija necesitaba un aparato para la cadera, pero la verdad, nunca vi ese aparato. La niña está bien, no tiene alguna deformidad o cosa así como para que le pongan un aparato. Pero no me quisieron pagar.

Al escucharlas, al ver sus semblantes tan apaciguados, tan ajenos al drama en el que están sumidas, da la impresión que todo lo peor les puede pasar y les pasa. Al caer en manos de unos bribones que supieron aprovecharse de la urgencia que provoca el hambre, muy tempranamente esas mujeres se convirtieron en parte de una maliciosa red cuyos alcances atravesaron fronteras.

Atosigada por el abrumador extravío de tantas palabras, salí un momento a la calle, esperando respirar otros aires menos cargados de

pesadumbre, y de pronto se me acercó un hombre. Era el esposo de Cecilia Velázquez Díaz, a la que le amputaron las piernas luego de que un auto la atropellara, dejándola debajo de las llantas. Es el señor Francisco Javier Valdivia Paéz. Y sin esperar mucho, mirando el micrófono que yo traía en la mano, me lanzó todos los sinsabores que atormentaban su corazón, defendiendo con mucha vehemencia a su mujer:

—Ella no tiene nada que ver con la trata de menores. La acusaron de entregar los niños a las publicistas, es más, ella también prestó a su nieta. Nunca pensó que era algo malo. Por eso invitó a otra muchacha y esta a su vez invitó a otras cinco o seis. Porque la verdad se hizo mucha propaganda, todo mundo hablaba de eso. No creo que sea justo que la tengan encerrada, ella no es ninguna delincuente. Lo que pasa es que les tomaron el pelo a todas.

—Y la nieta de Cecilia, ¿cuántos meses tiene?

—Ocho meses.

—¿Fue abusada?

—Dicen que sí.

—¿Cuántas veces se llevaron a la niña?

—Tres veces.

Y Francisco repite una y otra vez que su mujer es inocente, que ella más bien, fue una de las víctimas, que no merece estar detenida, y que pronto deberá salir libre y volver a casa. Lo cual sucedió tiempo después.

Entré nuevamente al lugar donde una a una las jovencitas iban llegando. Uno se preguntaba, ¿cómo había logrado López y compañía, ubicar a tantas mujeres que recién habían parido?, como si por encargo todas se hubieran puesto de acuerdo. Sin embargo, conociendo la situación que priva en muchas colonias populares, no es difícil encontrar jóvenes que se embarazan en cuanto salen de la pubertad. En México, según cifras de Consejo Nacional de Población (CONAPO), existen cerca de 4.5 millones de “madres solas”. Y de esas, el 4 por ciento son solteras. Según este

organismo, el número de madres solteras asciende a cerca de 880 mil en todo el país.

Para la expresidenta del Instituto Jalisciense de las Mujeres, Mariana Fernández Ramírez, cada año se presentan, no 20, sino 30 mil mujeres adolescentes embarazadas en Jalisco. Basta acudir a cualquier barrio y se puede observar que esta es una realidad, muchas, casi niñas, ya están preñadas.

Cruz Guadalupe Gutiérrez Moreno, tiene 20 años y cuatro hijos, cuyas edades son, el mayor, cinco años, le sigue el de tres años, luego el de apenas doce meses y la más chiquita, de cinco meses de nacida.

—¿Cómo te enteraste de la renta de niños?

—Yo supe de eso a través de mi prima Lety, me dijo que me iban a apoyar con mi niña que estaba mal.

—¿Ella también prestó a su bebé?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—La primera vez la presté por doce días y me dieron al entregarla mil seiscientos pesos, cuando me la devolvieron, dos mil pesos, en efectivo.

—¿Cuántas veces por todas se la llevaron?

—Dos veces. La segunda vez fue el 30 de diciembre del 2011 y la volví a ver el nueve de enero.

Le pregunto:

—Cuando dices me la pidieron, me la entregaron, ¿quiénes son esas personas?

Se queda pensando.

—Este... a mí me la pidió Silvia y Lupita.

—¿Cómo se apellidan? ¿Dónde viven?

—La verdad no, no sé

—¿Cómo accediste sin saber nada de ellas?

—Me habían dicho que se las llevaban a Chapala. Ellas se comunicaban conmigo y ofrecían que cuando quisiéramos ver a la niña, me la traerían.